

Hablar de Dios con verdad y belleza

EDMUNDO RETANA JIMÉNEZ*

Poesía o teología. ¿He ahí el dilema? Para comenzar a dilucidar la cuestión me parece adecuado recordar una afirmación hecha en clases por el profesor Arturo Piedra. Ante una pregunta sobre la importancia de la literatura para el método teológico, Arturo, con esa vehemencia tan suya, que ponía en todas sus acciones y palabras, precisó lo siguiente: “No, la literatura no es un recurso, la literatura *es el recurso* del método teológico”. Si estamos de acuerdo con el maestro, ausente ya de estas aulas, al hablar de literatura o de poesía no hablamos entonces de un material útil para adornar o complementar nuestro discurso, sino del recurso por excelencia de toda reflexión teológica.

* Edmundo Retana, poeta costarricense, Magister en Teología Pastoral, UBL.

Por lo demás, el vínculo teología-literatura está presente desde la génesis misma de nuestra fe. Recordemos que “los salmos, Job o los profetas se expresan literariamente, poéticamente, de Dios” (Gutiérrez 2003, 487). La Biblia, por tanto, no es un tratado dogmático, sino la expresión literaria de un pueblo en su búsqueda de Dios.

Gustavo Gutiérrez, refiriéndose a esa pertinencia teológica del lenguaje poético ha afirmado que “La poesía es un lenguaje privilegiado para hablar de Dios, porque no es posible hablar del Señor de la vida y del amor, sino con belleza; y también porque no hay nada más cuestionador que la poesía” (Gustavo Gutiérrez 2003, 480). Verdad y belleza parecen ser entonces las dos claves de entrada para abordar este nexo entre la tarea teológica y el oficio poético.

Por otra parte, el poeta español Antonio Gamoneda, en su discurso de aceptación del premio Cervantes, ha dicho algo sobre el quehacer intelectual que a mi juicio podría decirse perfectamente de la teología: “Hablar desde el interior de la pobreza no es lo mismo que solidarizarse con la pobreza. Ellos,

¿Puede la literatura, y en particular la poesía, ayudar a la teología a superar ese lenguaje que oscurece en lugar de iluminar; muy justamente llamado por Gamoneda el lenguaje normalizado de los poderes injustos?

los solidarios, pueden por causas ideológicas que digo, encontrar necesario manifestarse realistas y críticos, pero lo hacen -no se si se dan cuenta- con el mismo lenguaje “normalizado” que adoptan los poderes injustos. Insensiblemente se adaptan a tales poderes.”

La teología utiliza ese lenguaje *realista y crítico*, de que habla el poeta, sobre todo cuando pierde de vista su destinatario natural, que ella misma define como los pobres o

excluidos, adoptando un discurso que solo es entendible en las academias o seminarios eruditos. ¿Puede la literatura, y en particular la poesía, ayudar a la teología a superar ese lenguaje que oscurece en lugar de iluminar, muy justamente llamado por Gamoneda *el lenguaje normalizado de los poderes injustos?*

Creo que sí, siempre y cuando se den ciertas condiciones en este diálogo “interdisciplinario”. En primer lugar no se trata de confundir las fronteras entre uno y otro campo; pretendiendo que poesía y teología son ahora lo mismo. Se trata más bien de que cada campo haga su aporte, desde su propia perspectiva e intencionalidad particular. Es importante esta distinción para evitar que el diálogo entre las disciplinas se convierta en una disgresión permanente, donde los valores teológicos se omiten en beneficio del análisis literario, o bien se construye un lenguaje híbrido, que no es ni una cosa ni la otra.

El segundo aspecto a tomar en cuenta tiene que ver con la superación de la oposición entre el trabajo sistemático y el trabajo creativo. En nuestro medio se tiende a considerar que un trabajo académicamente serio debe obedecer a ciertos cánones y formas de pensamiento ligados al discurso lógico y racional -el lenguaje *realista y crítico* de que habla Gamoneda- sin entender que existen otros medios de conocimiento y de expresión de contenidos teológicos que son igualmente válidos, tal es el caso del arte en general. Para ello es necesario reconocer que el artista realiza su propia sistematización de la realidad y la experiencia y que esta nueva síntesis tiene tanto valor como el más depurado discurso racional.

En tercer lugar, si las ciencias sociales han sido utilizadas por la teología latinoamericana de la liberación como una mediación socioanalítica que permite una adecuada interpretación de la

realidad social, la literatura debe entenderse como una *mediación simbólica* que nos abre caminos para comprender la dimensión cultural y humana más honda del hombre y la mujer latinoamericanos. Esta es para mí la piedra angular de la tentativa de profundizar el diálogo literatura teología, precisamente porque se reconoce a esta última como una forma de conocimiento y no como un mero objeto decorativo o ilustrador de verdades teológicas. Literatura que posee un lenguaje y una carga simbólica capaz de develar en imágenes las diferentes expresiones de nuestra creatividad simbólica, como ha llamado Rivera Pagán (Rivera Pagán 1996, 49) al rico sustrato mítico y cultural latinoamericano.

Estas tres condiciones previas para el diálogo que he procurado enunciar, a saber, distinción entre el campo teológico y el campo literario, superación de la dicotomía entre el trabajo sistemático y el trabajo creativo y valoración de la literatura como una mediación simbólica, conllevan la obligación de establecer un nuevo paradigma metodológico, que parte precisamente de la premisa reafirmada por Arturo Piedra, en el sentido de que la literatura es el recurso por excelencia del quehacer teológico. Se trata también de un enriquecimiento de la disciplina teológica y de un replanteamiento del perfil profesional del teólogo y teóloga, que en adelante deberán desarrollar la capacidad de dialogar con aún más amplitud de criterio y sin prejuicios con todas las manifestaciones literarias que expresen los dilemas y vicisitudes de nuestros hermanos y hermanas latinoamericanos.

Además, creo que en un futuro no muy lejano muchos creadores en nuestro continente tendrán su espacio dentro de los centros de producción teológica, sin dejar de ser artistas, tal y como ahora los científicos sociales aportan desde allí en la construcción de nuevos paradigmas y formas de aprehender la realidad.

Esto será posible porque la materia con la que trabaja el poeta es la misma con la que trabaja el teólogo: los desafíos y contradicciones de nuestra naturaleza social y humana, el asombro ante el infinito y la creación, el Dios que se ocupa con ternura de las pequeñas cosas, el milagro de amar y creer que la última palabra sobre el mundo no la tienen el odio y la intolerancia sino la esperanza y la justicia.

Para ilustrar esta tarea común analizaré brevemente un poema llamado *Dios* del peruano César Vallejo. En la poesía de este autor es común el uso de términos religiosos y bíblicos. Sobre todo en sus libros *Los Heraldos negros*, *Poemas humanos* y *España aparta de mí este cáliz*, aparecen estos conceptos, además de poemas con nombres que evocan una atmósfera de fe: *Comunión*, *Oración del camino*, *Santoral*, *Salutación Angélica*, *Epístola a los transeúntes*. Algunos autores señalan que este clima religioso es producto de la formación católica que el poeta recibió en su niñez (Larrea 1974, 119). En todo caso, es evidente que el cristianismo constituye un trasfondo inevitable para casi toda la literatura latinoamericana, debido a que se encuentra enraizado en el tejido cultural profundo de nuestras sociedades. César Vallejo recibió también esta influencia, dotándola además de nuevas y profundas significaciones poéticas y teológicas.

En este poema el autor habla de un Dios “*que camina/ tan en mí, con la tarde y con el mar/ Con él nos vamos juntos./ Anochece. /Con él anohecemos. Orfandad.../* (Vallejo 1966,96). Vallejo expresa una

.. la materia con la que trabaja el poeta es la misma con la que trabaja el teólogo: los desafíos y contradicciones de nuestra naturaleza social y humana, el asombro ante el infinito y la creación, el Dios que se ocupa con ternura de las pequeñas cosas, el milagro de amar y creer que la última palabra sobre el mundo no la tienen el odio y la intolerancia sino la esperanza y la justicia.

imagen de Dios a partir de cómo lo siente en su camino, con la tarde y con el mar como escenarios íntimos, anocheciendo con él, sin que esa presencia deje de ser también una orfandad. Dios *hospitalario*, sin embargo, *bueno y triste, que mustia un dulce desdén de enamorado*. ¿Podría, el lenguaje más altamente *realista y crítico* de nuestra teología, me pregunto, expresar con mayor propiedad la imagen de este Dios hallado en el camino, sentido más que conceptualizado, vivido más que analizado?

Pero volvamos al poema en cuestión. En su última estrofa Vallejo ya no habla de Dios sino que habla con Dios: *Y tú, cuál llorarás...tú, enamorado/ de tanto seno girador.../ Yo te consagro Dios porque amas tanto;/ porque jamás sonríes; porque siempre/ debe dolerte mucho el corazón.*/(Vallejo 1966, 96) Se trata aquí, como se observa, de un Dios que a fuerza de amar su creación sufre por ella, que es consagrado por el poeta (es decir humanizado), debido a que este advierte que su sufrimiento le viene dado por su capacidad de amar y de sufrir en forma material y concreta, es decir en medio de la vida.

César Vallejo publica *Los heraldos negros*, libro al que pertenece este poema, en 1918. Veintiséis años más tarde, en 1944, el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, que será tan importante para la teología latinoamericana de la liberación, hablará en sus cartas desde el cautiverio, de un Dios *impotente y débil en el mundo*, que *no nos ayuda por su omnipotencia, sino por su debilidad y sus sufrimientos* (Bonhoeffer 1983, 252). ¿No se trata en este caso, volvemos a preguntar, del mismo Dios de que nos hablaba Vallejo?. Participar en el sufrimiento de Dios, como quiere Bonhoeffer, no es lo mismo que *consagrarlo porque ama tanto, porque siempre debe dolerte mucho el corazón*, como escribió Vallejo?

Sí, el teólogo y el poeta trabajan con materiales similares, pero lo hacen, con lenguajes y herramientas diferentes. Pero si ambas disciplinas realizan su tarea en forma coherente, es decir, con verdad y belleza, superando la tentación del *lenguaje normalizado de los poderes injustos*, que los aleja de aquellos que esperan palabras de liberación, entonces pueden confluír y alimentarse, crecer juntas, dialogar y enriquecerse mutuamente.

Bibliografía

Bonhoeffer, Dietrich. 1983. *Resistencia y sumisión: Cartas desde el cautiverio*. Managua: editorial Nueva Nicaragua.

Gallardo y Ames. 2003. *Gustavo Gutiérrez: Textos esenciales. Acordarse de los pobres*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Gutiérrez, Gustavo. 2003. “Voy a hablar de César Vallejo” en Gallego y Ames 2003.

Gamoneda, Antonio. 2007. *Cultura de la pobreza. Discurso de aceptación del Premio Cervantes*. Madrid.

Larrea, Juan. 1974. “Significado conjunto de la vida y obra de César Vallejo”. En Ortega 1974.

Ortega, Julio, compilador. 1974. *César Vallejo*. Madrid: Taurus.

Rivera Pagán, Luis. 1996. “Heterodoxias y transgresiones teológicas en la narrativa moderna latinoamericana y caribeña” *Revista de la Cátedra Paulo Freire*: 45-59.

Vallejo, César. 1966. *Los heraldos negros*. Buenos Aires: Editorial Losada.